

## CHILE - ARGENTINA - URUGUAY

ES posible que Chile esté atravesando «su peor crisis desde la guerra civil de 1891», como dijo Allende en su discurso del 25 de julio, dos días antes del asesinato, por un miembro del movimiento fascista «Patria y Libertad», de su ayudante el capitán Araya. Probablemente es algo más que una crisis chilena: lo es de todo el cono Sur del continente americano. Los perfiles cómicos que toma el caso argentino, con la designación de Isabel Martínez, esposa del general, para la candidatura a la vicepresidencia —remedando así la figura de Eva Duarte, como una repetición nostálgica y ritual de los primeros tiempos del peronismo; más cómicos aún por la farsa de doble fondo que contienen: la idea de que Isabel Martínez renuncie a última hora y dar paso a un peronista de la «vieja guardia», no son suficientes para distraer de la gravedad de la situación, de la ira que puede estallar cuando finalmente se perciba el engaño que ha supuesto el peronismo de segunda mano para los que creyeron y murieron por él. Al otro lado de Chile, en la otra vecindad de Argentina, y en la del Brasil, Uruguay ha sufrido otro cambio brusco. Chile y Uruguay, la Argentina en otros tiempos, eran los países más estables de Hispanoamérica, los que tenían un mayor desarrollo político; Chile y Uruguay, sobre todo, esgrimían un concepto democrático de la vida y la política. Son tres procesos distintos, son tres situaciones muy distintas; pero su simultaneidad y el hecho de que los tres países ocupan una zona democrática, y se van centrando en posiciones contrarrevolucionarias.

EL tema más interesante es, sin duda, el de Chile, desde un punto de vista puramente político. Las noticias que están en el aire cuando se escriben estas líneas son confusas. Se ha dicho que el Gobierno chileno había dimitido en bloque para permitir a Salvador Allende la posibilidad de una reorganización ministerial que le autorice al diálogo con la democracia cristiana; se ha desmentido después la noticia por el propio Allende, pero sus palabras al hacerlo son ambiguas: «Si circunstancias políticas me obligaran a cambiar el Gabinete, sería el Presidente el que plantearía el problema a los ministros». Esas circunstancias políticas no pueden ser otras que el desarrollo del diálogo con la democracia cristiana, que Allende mantiene con el senador Alwyn —asistido el Presidente por los ministros del Interior, Economía, Defensa y Transporte, y el senador por el vicepresidente del partido demócrata cristiano, Osvaldo Olguín.

LAS conversaciones se desarrollan en un ambiente de tensión y violencia. «El terrorismo se ha desencadenado en las tinieblas de la noche», dice Allende; pero no es sólo este terrorismo de incendios y bombas, sino algo más grave: las huelgas de propietarios, de comerciantes, que se suman a la casi perpetua huelga de transportistas —entiéndase de propietarios de medios de transportes: son huelgas de derechos, huelgas de patronos—. Esta huelga impide el abastecimiento normal de Santiago de Chile. La protesta de los transportistas está basada en la escasez y carestía de la gasolina, en la no existencia de piezas de repuesto y en la intención del Gobierno de mantener los precios del transporte dentro de la gran inflación. Es, por encima de ello, una huelga política. Está apoyando a la democracia cristiana en su diálogo y está creando

una situación insostenible para el Gobierno. Por ejemplo, en el informe publicado por la Sociedad de Desarrollo Industrial (patronal) se lee que, en general, la economía en 1973 ha continuado debilitándose hasta tal punto, que no puede ya suministrar a la población artículos de primera necesidad, pero no menciona que una gran parte del problema de los suministros no procede de «la economía» como ente abstracto mal manejado por el Gobierno, sino de la acción del capital y el patronato y de los comerciantes para que esta situación se produzca realmente. Pero el hecho es que la situación existe, y que es un arma de tal poder, que el diálogo de Allende con la oposición, con los demócratas cristianos, está enteramente forzada por esta situación. Allende busca un pacto, y eso le ocasiona la pérdida de prestigio entre los elementos más activos de la izquierda de su coalición, la Unidad Popular. El domingo pasado, el MIR —movimiento revolucionario que estaba fuera de la ley hasta la llegada de Allende, y que siempre se ha incorporado con dificultades a la acción común— hacía saber su protesta por la política pactante, que puede llevar a la renuncia de los enunciados básicos del programa del Gobierno. No sólo el MIR, sino otras personas de la coalición empiezan a creer que Allende es demasiado débil y que ha dejado pasar la ocasión de hacer una verdadera revolución agraria e industrial. No se le ha pasado: no le han dejado. Pero hay quien cree que Allende debía haberse saltado la legalidad para implantar la revolución cuando era posible, y alegan que la derecha se sale de la legalidad con sus incitaciones al desorden, sus huelgas políticas o los atentados de Paz y Libertad y del Partido Nacionalista. ¿Es ya una revolución perdida?

LOS términos que la democracia cristiana trata de imponer para no dejar caer al Gobierno —quizá en un movimiento dictatorial, la propia DC tendría algo que perder; por lo menos, prestigio y apoyo popular— se refieren fundamentalmente a que «de una vez por todas» cesen las ocupaciones de haciendas, que se reglamente «de una vez para siempre» el régimen de propiedad, de forma que se establezca sin cambios posteriores posibles; qué empresas deben considerarse como estatales o nacionalizadas, cuáles son de administración mixta y cuáles otras han de permanecer en manos privadas, y que se delimite la participación obrera en la gestión de las industrias. No le basta a la democracia cris-



El Presidente Allende y Patricio Alwyn, líder de la democracia cristiana.

## CAMBOYA

### Abandono de un amigo

tiana un acuerdo sobre estos puntos, sino que quiere verlo garantizado por la entrada de las Fuerzas Armadas en el Gobierno, que deben ser las únicas, con las otras instituciones armadas, capaces de garantizar el orden público, desapareciendo «los grupos armados paralelos» (notemos, de paso, que se refieren también al de guardias personales del Presidente, a los que quizá se deba que no haya sido ya asesinado en alguno de los atentados contra él); esta entrada de las Fuerzas Armadas en el Gobierno requiere, como es lógico, el cambio de ministros, y la democracia cristiana se refiere muy concretamente a algunos considerados como los más aferrados a los principios de Unidad Popular. Pero no basta a la democracia cristiana todo esto, sino que pretende una reforma constitucional, lo cual debe aparejar otra: se trata de que la reforma se decida por mayoría simple en el Parlamento, en lugar de por los dos tercios que requiere la Constitución actual —y antigua— del país, y que es en ese caso idéntica a la de la mayor parte de los países democráticos (incluso en la Asamblea General de las Naciones Unidas se requieren dos tercios de mayoría para las cuestiones importantes). Como la oposición dispone ahora en el Parlamento de mayoría simple, pero no absoluta, la modificación prevista le entregaría el poder legislativo.

**E**STA es la gran objeción que ponen los elementos más fieles a los principios de Unidad Popular. Con un Gobierno cuyos ministros fuesen aprobados por la oposición y un Parlamento dominado por ella, se habría acabado la experiencia chilena, la construcción del socialismo por la vía democrática. Reaparecen entre ellos las discusiones teóricas. ¿Era realmente posible la revolución democrática? ¿No están todos los resortes del poder democrático en manos de la burguesía y la derecha, de forma que pueden paralizar incluso los triunfos electorales de la izquierda? ¿O es que han fracasado Allende y la Unidad Popular en utilizar esas vías? Pero la urgencia de la situación desborda el examen teórico. Si en materia de vías democráticas la derecha conserva los resortes que ella misma creó, en materia de huelgas, la derecha demuestra también su eficacia y su poder. Y aún puede permitirse el lujo de condenar la violencia y acusar al Gobierno de no ser capaz de implantar la ley y el orden por la existencia de un terrorismo político que ha desencadenado su extremo y que, replatámoslo, puede llegar a superarla y dominarla (la historia reciente de los países europeos suministra buenos ejemplos, como el del nazismo alemán, que se llevó por delante la estructura burguesa que creía que le estaba utilizando, y que hasta le subvencionaba por la espalda mientras la condenaba por la cara). La otra incógnita es la de si las clases populares que apoyan a la Unidad Popular, y que están refrenadas por la esperanza de una construcción socialista que se les retrasa, van a soportar el nuevo freno.

**E**STA, finalmente, la incógnita del Ejército. Parece que va a ser, finalmente, el árbitro de la situación. Nadie puede olvidar que al terminar el mes de junio hubo un breve levantamiento militar, que fue sofocado por propios compañeros de armas del sublevado, lo que indica que no todo el Ejército está dispuesto a un simple papel de mantenedor del Gobierno constituido, y que algunos militares dudán mucho de la legalidad de este Gobierno; incluso sería posible que la desaparición de algunos militares de Carlos Prats pudieran producir un cambio radical en la actitud militar, y aun, se ha dicho, que el propio Carlos Prats pudiese querer arbitrar por sí mismo.

**E**S, sin duda, el Ejército el que está manejando —como puede— la situación en Argentina, por detrás del montaje de Perón, por detrás de la farsa, y es el Ejército, sin las incógnitas de Chile ni los pudores de Argentina, el que tiene en sus manos la situación de Uruguay. ¿Son tres Ejércitos distintos? No es muy fácil discernirlo, ni es fácil saber si los objetivos de cada uno y del poderoso brasileño son los mismos. Uruguay no oculta su tendencia hacia los Estados Unidos —está lejos del «experimento peruano»; el giro contrarrevolucionario que pudiera dar Chile no sería desagradable a Washington, que no ha cesado de actuar sobre la política chilena por todos los medios posibles. En cuanto a la pretendida enemistad entre el Gobierno argentino y los Estados Unidos, como consecuencia de una nota de la Embajada de los Estados Unidos ampliamente difundida en la prensa argentina y en la internacional, después de haber sido retirada, parece más bien que forma parte del elemento teatral con que se quiere manejar la situación. Todo el cono Sur de Hispanoamérica está en estos momentos en una situación que, por encima de sus enormes diferencias anecdóticas, y aun por encima de las soluciones que puedan aparecer en cada uno de ellos, tiene bastante de común, de empresa común. Pero no olvidemos que se trata de unas crisis, que hay muchos elementos en juego y que, por lo tanto, no es lícito profetizar finales.

Nixon ha advertido al Congreso, que le incita a cesar los bombardeos de Camboya, que se trata del «abandono de un amigo». El amigo ha sido terriblemente desgraciado desde el momento en que los Estados Unidos mostraron su deseo de ayudarlo. El país, ciertamente, estaba en una situación difícil para mantener su neutralidad en las proximidades de Vietnam y con la idea de que Indochina, en el fondo, representa una unidad; el firme apoyo del Presidente Nixon implicó la caída del príncipe que le gobernaba, la aparición de una dictadura, la guerra civil; fue entonces cuando los Estados Unidos dieron la mayor muestra de magnanimidad para con su amigo, enviando las superfortalezas para bombardear incesantemente su territorio con el ánimo de salvarlo. Sin embargo, en estos momentos —lunes por la mañana—, la capital de Camboya está cercada por las tropas comunistas, que mantienen el frente a cinco kilómetros, y presencia dos corrientes de personas: los que huyen de las zonas de guerra y se refugian en la capital, y la de los que huyen de la capital y buscan una salida. Vietnam del Sur está a punto de intervenir militarmente, pero no está muy seguro de poder hacerlo porque sigue manteniendo batallas encarnizadas con Vietnam del Norte; batallas más encarnizadas que nunca desde que los Estados Unidos, haciéndoles su gran servicio de amigos, consiguieron los acuerdos de París. De todas formas, Vietnam del Norte no ha dejado de intervenir en Camboya.

El abandono del amigo parece ya inevitable. Hay indicios de que es el propio amigo el que está abandonando a los Estados Unidos; se dice que el ministro de Asuntos Exteriores camboyano ha ido a Indonesia para mantener contactos secretos con los camboyanos del Ejército de Liberación, con vistas a concluir una paz al margen de los Estados Unidos. Y Nixon ha advertido que si concluyen esta paz, dejarán de ser amigos suyos, lo cual parece constituir un estímulo considerable para que lleven adelante las negociaciones.

En los Estados Unidos, la cuestión del abandono de los

bombardeos es de una complicación considerable. Ha llegado al Tribunal Supremo, y en él el venerable juez Douglas ha fallado que deben cesar inmediatamente los bombardeos, y ha comunicado la sentencia al Departamento de Defensa para que la cumpla en sus términos; pero el Departamento de Defensa ha respondido que tiene orden presidencial de continuar bombardeando hasta el 15 de agosto, fecha predeterminada para el abandono del amigo, y que iba a seguir haciéndolo exactamente así. En esta discusión entre el poder judicial y el ejecutivo, otro juez del Supremo ha decidido fallar la misma causa, y ha sentenciado que los bombardeos deben continuar. Es el juez Marshall, que ha casado la sentencia del juez Douglas. Simultáneamente, el Congreso ha vuelto a insistir en la suspensión de los bombardeos —al mismo tiempo que acusa a Nixon por haber realizado en tiempo pasado bombardeos sobre Camboya considerados como clandestinos—, y Nixon anuncia que obedece, pero que esto puede poner en peligro al amigo abandonado y que dificulta las negociaciones de paz. La tesis de Nixon es la de que los bombardeos pueden salvar muchas vidas humanas, paradoja que se ha empleado numerosas veces en los últimos años, aunque nunca haya podido tener una comprobación experimental, lo cual le priva de su mejor carácter científico.

Los Estados Unidos están siendo incapaces de salir del avispero indochino, como se suele llamar; menos aún de apaciguar la región. Es una incapacidad técnica. Entre los mil temas de la campaña antinixoniana, que forma parte de una campaña mayor de reforma de costumbres políticas y de nueva óptica en la contemplación del mundo contemporáneo, el de Camboya se añade ahora al calvario de Nixon, y la imagen de la impotencia. Es una crisis ya larga, de la que se puede esperar la salida hacia mejores horizontes.

Los de Camboyan parecen por ahora muy determinados; el Gobierno de Lon Nol no puede resistir la presión del enemigo ni la ayuda del amigo. Está próximo a sucumbir.